



LA INGRATITUD FILIAL CASTIGADA.

Nueva relacion, en la cual se refiere el castigo que Dios nuestro Señor ejecutò con dos hijos malvados, por haber sacado à su padre al campo para que se lo comiesen las fieras.

Descuadérnense los ejes
de este tachonado velo,
vistan luto las estrellas,
nieguen su luz los luceros,
cúbranse de horror los astros,
oculte el sol sus reflejos,
la luna eclipse sus rayos,
y todos los elementos
nieguen su benevolencia,
torbellino sea el viento,
el agua montes de espuma,
voraz destructor el fuego,
y en terremotos la tierra
dé muestras de sentimiento;
llore mares la obediencia,

vierta arroyos el respeto,
al verme tan abatido
con ultraje tan funesto.
Y porque pueda mi voz
referir para escarmiento
à tí, ó cenizoso mundo,
à tí, de malicias seno,
à tí, que tan abatido,
tú mismo la causa siendo,
por tus delitos te miro,
el mas extraño suceso,
la mayor ingratitud
que cabe en humanos pechos,
que enternece los diamantes,
y los peñascos mas fieros,

y el castigo de esta infamia:
á la Emperatriz del cielo,
María, pido me guie,
y al Patriarca supremo,
su digno esposo José,
como único medianero,
en el admirable caso
que referiros pretendo,
suplico sean mi norte,
con cuyo favor empiezo.
En el reino de Galicia,
en una ciudad, que quiero
dejar en blanco su nombre,
por políticos respetos
é inconvenientes, que aquí
deben pasarse en silencio;
vivía un hombre, á quien dió
bienes de fortuna el cielo,
gozando de sus riquezas
con paz, quietud y sosiego,
sin el afán de codicia,
ni el desvelo de avariento,
que es el enemigo que
hace hidrópicos sedientos
por turbarles la quietud
á los que se ven con medios.
Era viudo y muy prudente,
y mirándose muy viejo,
quiso apartarse del mundo
y entregarse todo al cielo;
y llamando cariñoso
á dos hijos ya mancebos
que tenía, les habló
con amorosos consejos,
y les dijo de esta suerte:
ya mirais, hijos, que el tiempo,
como muy crecido en mí,
débil y flaco me ha puesto;
ya veis, que como no halla
en mis hombros á su peso
resistencia, por instantes
va arruinando este cimiento;

y así, pues ya crecidos
os vé mi conocimiento,
y aptos á tomar estado,
como anciano os oconsejo,
y como padre os lo mando,
lo ejecuteis, hijos, presto,
pero sin perder un punto
de vuestra sangre y respetos;
y pues ya, como os he dicho,
tan fatigado me veo,
quiero hallar en vuestros hombros
descanso, alivio y consuelo;
y puesto que de la hacienda
veis que yo cuidar no puedo,
igualmente os la partid,
y otro cuidado no os dejo,
mas de que me mantengais
con un bien decente medio,
y libre ya de este cargo,
dé á mi alma todo el tiempo
que me restare vivir;
que una semana comiendo
en casa del uno, y otra
en la de otro hijo, espero
pasar gozoso y alegre,
sin fatiga ni desvelo.
Con sumo gusto los hijos
á su padre respondieron
admitiendo la propuesta:
y así los dos dispusieron
dentro de muy breves dias
tomar estado contentos.
Casáronse, y á su padre
cuatro meses mantuvieron,
y ya (fiera tiranía!)
cansados (rigor severo!)
de (villana ingratitud!)
su padre (qué alevés fueron!)
repugnaban el sufrirlo,
sentían el alimento,
les enfadaba su vista,
y les era ya molesto.

Un día pues los dos hijos
en unas viñas se vieron,
y como la soledad
es de maldades aliento,
á murmurar empezaron
de su pobre padre viejo.
Uno decia que ya
le era enfadoso su aspecto,
y el otro que le causaba
de verlo tan sin provecho;
y habiéndose convenido,
hicieron los dos concierto
de quitar (me ahoga la pena!)
la vida á su padre mismo,
sacándolo á la mañana,
al mismo campo, fingiendo
que querian divertirlo;
y atarlo en lo mas espeso
á un árbol, donde muriera
de hambre, y de fieras deshecho;
y sin temer la justicia
de Dios, así ambos lo hicieron:
y sacando al otro día
á su triste padre (ah cielos!)
como que iban á una viña,
en el monte lo metieron,
y diciendo el uno al otro:
quitémonos este peso
de encima: atémosle á un árbol,
donde los osos sangrientos
lo despedacen y hagan
en breve átomos su cuerpo:
lo ejecutaron así,
sin ablandarlos su ruego,
sus lágrimas, su dolor,
su lástima ni preceptos.
Nunca gentiles anales
caso como este escribieron:
hasta las peñas lo sientan;
sientalo hasta el mismo cielo;
sientalo el mas duro mármol;
sientalo el bronce mas fiero;

tiemble al escuchar la tierra
tan bárbaro y vil suceso;
rasgue sus duras entrañas,
sepulte en su oscuro centro
hombres mas fieros que fieras;
fieras de tan fuertes pechos,
pechos que nieguen su sér,
sér que se agravia á sí mismo,
porque ¿qué bárbara fiera,
qué hombre con conocimiento,
qué pecho con corazon,
qué corazon con aliento,
qué aliento de vida humana,
qué vida con sentimiento
no se ablandan de mirar
llorar á su padre mismo?
quitar intenta la vida
á quien les dió el sér primero.
A su padre martirizan:
solo de decirlo tiemblo!
Viendo el padre la dureza,
les decia: hijos, qué he hecho
yo, que me ajais de esta suerte?
si lo hacéis porque avarientos
darme de comersos duele,
en la ciudad hay conventos
que me darán un bocado;
pero ellos á todo esto
se reían y mofaban.
Y vuelto en rigor el ruego,
pedia al cielo justicia
contra hijos tan perversos:
y volviendo uno la cara,
dijo al otro, qué sangrientos
que tiene el padre los ojos!
parecen de un oso fiero:
eso (repitió su padre)
te vuelva el cielo al momento.
Oyó Dios su maldicion,
y al instante (qué portentoso!)
al punto (qué maravilla!)
se halló (admirable suceso!)

mudada su forma en oso
horrible, espantoso y fiero,
esto es, de cintura arriba,
las orejas de jumento,
largos muy mucho los dientes,
los colmillos sin concierto,
mas que de javalí agudos;
y la otra mitad del cuerpo
como de espantosa sierpe,
unos pies que ponen miedo,
como de tirana harpin,
la cola azotaba el viento,
larga tres varas y mas,
la selva toda aturdiendo
con espantosos ahullidos,
se deshacia á sí mismo,
se revolcaba en la tierra,
y con gran rabia mordiendo
los árboles, los echaba
hechos astillas al suelo;
volvióse á aquel triste hermano,
que ya de temores lleno,
ni se atrevia á mover,
ni andar podia de miedo;
y con su usada fiereza
le hizo átomos tan pequeños,
que en breve rato fue polvo
y ceniza por el viento.
Miró á su padre, y cual lobo
que embiste hambriento al cordero
vibrando rayos los ojos,
fue tambien á deshacerlo;
pero el anciano, afligido,
empezó á pedir remedio
al gran Patriarca José,
á quien con devoto celo
habia toda su vida
pedido, que en el postrero
lance le diera socorro,
y los santos Sacramentos.

No le desamparó el Santo,
porque se lo quitó luego
de la vista á aquel mal hijo,
y por la region del viento
lo puso en medio la plaza
de la ciudad, desde el puesto
donde habia estado atado
en el monte, y refiriendo
lo lastimoso del caso,
muchas personas salieron
al monte á desengañarse,
donde aquel mal hijo vieron,
que cruzando por la selva
andaba cual leon sangriento.
Ea, mortales, ya veis
el castigo que dá el cielo
á quien pierde la obediencia
á su padre y el respeto.
Y pues vemos cada dia,
por el contrario los premios
que dá al hijo que es humilde
y á sus mayores atento;
reverenciar á los padres,
amarlos como hijos buenos,
porque es clara consecuencia,
que no tiene al cielo miedo,
quien no respeta á su padre.
No querais ser avarientos,
que si al padre le dais uno,
os dara Dios á vos ciento.
Y si no, temed, temed
su ira y rigor, que es cierto
no puede parar en bien
el hijo falso y protervo.
Y sed constantes devotos
del gran Patriarca excelso
José, para que nos libre
del mal de penas y riesgos;
y el cielo nos dé su gracia
por un poderoso medio.

